

UNA SEÑORITA EN PALACIO

De repente me coge la mano y me musita al oído vengo a buscarte. Reacciono como me han enseñado: giro mi cuerpo, hago presa en su mano, pongo mi pierna oblicua a la suya y a favor de su impulso le hago rodar sobre mi espalda. Una vez en el suelo, pongo mi bota en su cuello presionando sobre su nuez. El sobonazo de él, es un sapo panza arriba esperando la bisección de algún niño con navaja. Me hace un gesto, yo asiento, da tres golpes a mano abierta contra el suelo: Se ha rendido a la manera de un luchador de cuadrilátero. Quiere decir algo. Levanto un poco la presión.

—Señorita, por favor, ¿Puede acompañarme?

Mi padre siempre decía que no me fuera con desconocidos, a lo que mi madre añadía un lacónico “obligada te veas”. Total, que sumando y restando le contesto:

— Será un placer, caballero.

Abandonamos el salón de audiencias, tomamos pasillos, atravesamos una puerta camuflada y en un cuartucho señalando acá y allá me dice:

— Este es su uniforme. El carro de la limpieza. En esa puerta, los servicios para mendigos.

¡Quiero que deje el váter como los chorros del oro!